



En los años 60, el lema *Amor y Paz* se convirtió en un ícono que con cierta nostalgia llega a nosotros como un eco transmitido de generación en generación. **A la vez, estas dos palabras, empezando por amor y siguiendo por paz,** se han convertido en realidades más que imposibles de definir.

La experiencia de amor y paz, sin duda, son las más buscadas y anheladas por el ser humano, **pero sería muy difícil encontrar un consenso sobre su significado.** Para cada uno la experiencia personal dicta su contenido, no exento de verdad, pero también de subjetividad.

Me gustaría centrarme para esta reflexión en la palabra paz y la riqueza de su contenido, origen y proyección **en el contexto de la familia con miras a vivirla en el mundo como reto y como don.**

La paz se puede definir por vía de negativa o positiva: “estado de tranquilidad o quietud” o “ausencia de guerra violencia”.

También la paz se puede aplicar hacia el exterior, **a nivel internacional, nacional, social, comunitario, laboral familiar, etc.** O quizás, de un modo más profundo y necesario, a nivel interior y personal.

Podríamos preguntarnos, siguiendo el juego de: “qué es antes, ¿la gallina o el huevo?”, si la paz interior, individual es condición **necesaria para la paz social, o si la paz social, comunitaria conlleva y es imprescindible para la paz individual.**

Esta pregunta nos lleva al contexto en el que cada ser humano aprende y se aprende. Es decir, el lugar donde se conoce a sí mismo conociendo a los demás. **Sí, efectivamente, la familia es el lugar donde se aprende la paz, la armonía; se descubre el amor y el sentido de la vida.** Desde la convivencia y el sentimiento profundo de ser amado y querido incondicionalmente – aunque con límites – cada uno de nosotros descubre ese estado de tranquilidad y quietud propia del amor, donde se adquiere la identidad, protegido por la seguridad que dan los padres y los hermanos.

Además, es en este contexto con límites personales donde se descubre que el otro se puede equivocar, y está bien si sabe perdonar y pedir perdón. **Es la familia donde se ama y se pide perdón, donde se cae y se levanta; donde nos enfrentamos a los límites** y a las posibilidades. Donde la armonía a veces se puede quebrar, pero también reconstruir, aprendiendo lecciones muy valiosas.

Todos estos elementos que descubrimos en la familia nos hacen experimentar que la paz individual y familiar pasa por momentos de bonanza pero que también tiene que afrontar retos. **Entonces la paz se expande hasta descubrir que es un don que recibimos** pero que también es una tarea con la que comprometerse.

Desde la identidad y la madurez que da el amor incondicional de los padres, el ser humano puede navegar por el mundo siendo heraldo de la paz porque la conoce, **la ha vivido, siente su necesidad y también el compromiso de proyectarla en sus pensamientos, palabras y obras.**

El contraste que se puede descubrir en nuestra sociedad, ante situaciones de violencia, injusticia, abusos, maltrato, guerras, pobreza, etc..., **nos tienen que llevar no al desánimo, sino a comprometernos más**, a nivel individual, pero también en nuestro mundo, quizás el más pequeño pero el más necesario: el de la familia, en donde se debería enseñar la paz desde el testimonio de cada uno de sus miembros.

Fortalecer la familia es apostar por la paz. **Destruir la familia es sembrar futuras semillas de discordia y enfrentamiento.**

Familia, sé tú un faro de luz y paz en nuestro mundo para que se viva en plenitud el anhelo de cada hombre y mujer de encontrar su plenitud y vivir en paz y para la paz.